



Familia cristiana, apóstoles en el mundo

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Secular 2015

Material para el trabajo personal
y en grupo

**familia
cristiana
apóstoles
en el mundo**



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-13515-2015

Familias cristianas, apóstoles en el mundo

Material para el trabajo personal y en grupo

En las fechas próximas a la celebración de la solemnidad de Pentecostés, ofrecemos este material, breve y sencillo, para el trabajo y la reflexión sobre un aspecto que todos, de una u otra manera, vivimos como aspecto nuclear en nuestra vida: la familia.

En este caso, y coincidiendo con la celebración del Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, queremos suscitar una reflexión sobre la dimensión más misionera y apostólica de la familia. La intención es que este material provoque en cada uno de nosotros un impulso para desarrollar todas las potencialidades que tiene la familia en cuanto a presencia cristiana en el mundo contemporáneo y la transmisión de la fe, a través del anuncio y del testimonio, a otras familias.

Los destinatarios de este material son los sacerdotes y laicos de las parroquias que, de forma personal y en grupo, puedan profundizar, a la luz de la fe, sobre esta cuestión y teniendo como telón de fondo la llegada del Espíritu Santo sobre los apóstoles el día de Pentecostés.

Como texto vertebrador de este material, hemos tomado el número 2204 del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que dice lo siguiente:

«La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso (...) puede y debe decirse “iglesia

doméstica”. Es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular que aparece en el Nuevo Testamento».

La concepción cristiana de la familia como “iglesia doméstica” aparece de forma muy recurrente en documentos y materiales de la Iglesia. Es una idea muy sugerente y adecuada. En esta ocasión vamos a poner la atención en la familia como comunidad de fe, de esperanza y de caridad.

En el contexto social y cultural en el que ahora vivimos, las familias cristianas tienen un amplio campo de actuación sobre cómo vivir cotidianamente la fe y poder transmitirla a los demás, sobre la necesidad de contagiar la esperanza cristiana, así como la práctica de la caridad hacia aquellos que más lo necesitan. Así que, siguiendo el esquema que nos proporcionan las tres virtudes teologales, profundizaremos en estos tres aspectos de la vida cristiana en el contexto familiar.

1. La vivencia y transmisión de la fe cristiana

Todos somos destinatarios del mensaje de salvación de Jesucristo. El Evangelio, que la Iglesia quiere hacer llegar a todas las personas para que puedan vivir en Cristo, siempre lleva en sí mismo la realidad y la dinámica de misericordia y de la verdad.

Evangelizar es tarea y responsabilidad de todo el Pueblo de Dios, cada uno según su propio ministerio y carisma. Sabemos que el encuentro definitivo entre Dios y cada una de las personas es algo que no nos corresponde a nosotros ni saber ni definir ni establecer. Pero eso no elude nuestra responsabilidad de sembrar, y de forma abundante, para que se den las condiciones más favorables para que el encuentro con el Señor sea verdaderamente transformador y para

que, desde la libertad que Dios nos ha regalado, cada una de las personas podamos dar un “sí” a la iniciativa que Dios siempre tiene hacia cada uno de nosotros y de forma absolutamente personal para que Dios sea el centro de nuestras vidas.

La tarea evangelizadora pasa por el testimonio y el anuncio individual, siempre necesario, ineludible e imprescindible. Pero sin el testimonio gozoso de los cónyuges y de las familias, Iglesias domésticas, el anuncio, aunque fuese correcto, corre el riesgo de ser incomprendido o ahogarse en el mar de palabras que caracteriza nuestra sociedad. La familia cristiana es una comunidad viva, visible, que evangeliza. En una sociedad que necesita al amor como principio de vida, el matrimonio y la familia pueden ser un testimonio precioso de vida y de amor, pudiendo mostrar de forma cotidiana la verdad de ese amor frente a las diversas formas de reduccionismo presentes en la cultura contemporánea. La familia cristiana puede hacer descubrir una gran llamada: la vocación al amor. Y puede ayudar a muchas personas a descubrir que este amor tiene su origen en la fe y que merece la pena ponerse en las manos del Señor.

El testimonio de matrimonios cristianos puede ser también una verdadera referencia para que los jóvenes descubran la riqueza que el sacramento del matrimonio procura a sus proyectos de amor, con la fuerza del sostén que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia. Pero esto requiere de todos nosotros una actitud activa, una toma de iniciativa para ser diariamente “Iglesia en salida”, como nos anima constantemente el papa Francisco.

Todo esto es necesario aterrizarlo, concretarlo en la vida cotidiana. Por un lado las familias deben cuidar la vivencia cotidiana de la fe: la oración personal y en familia genera un hábito que los padres pueden transmitir a sus hijos por contagio, por imitación y que posibilita que la relación con Dios se imprima en cada uno de

nosotros en los primeros años de nuestra vida. ¡Cuántas cosas hemos aprendido e integrado en nuestras vidas porque, simplemente, las hacían nuestros padres cuando éramos pequeños! La oración, la vivencia de los sacramentos, en especial la Eucaristía, la cercanía con la vida de la parroquia son aspectos muy importantes a cuidar en la familia. Una sana vida y práctica espiritual en la familia es un elemento clave para la transmisión de la fe a los más pequeños y para el cuidado y maduración de la fe de todos sus miembros.

Pero de igual modo es necesario que vivamos como creemos, que nuestra fe se traduzca en obras, en acciones. La unidad “fe-vida” es un aspecto a cuidar también en la familia. Por un lado enriquece y completa la vivencia de la fe en la familia y, además, con la dimensión social de la fe nos hacemos visibles y posibilitamos que algunas personas se pregunten: ¿por qué son así los cristianos? Este testimonio de la fe de las familias cristianas permite despertar el interés que favorece un posterior anuncio del Evangelio hacia aquellas personas que viven al margen de Dios.

Esta dimensión más misionera de las familias genera un efecto de llamada, una convocatoria hacia personas de todas las edades que deseen incorporarse a la vida de la comunidad parroquial para profundizar en la fe cristiana. Deberíamos preguntarnos si en nuestras parroquias, en nuestras comunidades parroquiales tenemos articulada una respuesta para personas de todas las edades, donde una familia completa puede encontrar un espacio en el que compartir la vida y acrecentar su fe junto a otras personas. En la actualidad debemos ser capaces de articular en nuestras comunidades parroquiales espacios para que todos los miembros de una misma familia puedan encontrar un lugar en el que seguir creciendo en su fidelidad a Cristo. En un contexto como el actual, donde tanto padres como hijos están muy “ocupados” durante toda la semana e incluso los fines de semana, debemos ser capaces de buscar fórmulas que permitan que

toda la familia pueda participar de la vida parroquial de forma intensa y profunda. No tener en cuenta a la familia en la articulación pastoral de la parroquia no permitirá dar una respuesta adecuada a los retos de la evangelización.

2. La esperanza cristiana

La esperanza cristiana no es opcional. No se puede vivir en su integridad la vida cristiana sin esperanza, sin la Esperanza que es el Señor para toda la humanidad. Los cristianos, por lo tanto, tenemos nuestro fundamento en la esperanza y debemos irradiar esperanza en lo que hacemos, en lo que pensamos y en lo que decimos.

En tiempos recios como los que estamos viviendo, donde un número importante de familias tienen a todos los miembros desempleados, donde hay familias que se quedan sin una casa en la que vivir, donde muchos matrimonios se rompen en los primeros años, donde hay muchas personas que se sienten solas, donde ha aumentado el número de niños que no tienen lo básico para desarrollarse de forma plena en los primeros años de la vida, es necesaria una voz y una señal de esperanza.

Los cristianos sabemos que no hay mejor esperanza para la humanidad que Jesucristo, que es la Esperanza. Pero a veces no somos la mejor tarjeta de presentación. Muchas veces, los cristianos mostramos una imagen negativa, de derrota; es difícil reconocer que vivimos la alegría del Evangelio, que bebemos de la fuente de la que emana la esperanza. Es necesario un enfoque más positivo respecto a las riquezas de las diferentes experiencias religiosas, sin acallar las dificultades. Debemos ser capaces de comunicar con más frecuencia y con mayor naturalidad lo bueno que hace la fe en nuestras vidas, a pesar de que vivamos las mismas contrariedades y dificultades que puede sufrir cualquier persona.

Si bien hemos de reconocer que vivimos unos tiempos menos trascendentales, más pragmáticos que hace unas décadas, donde las personas se hacen menos preguntas profundas, se observa de igual manera una mayor necesidad de cuidar la propia persona, de conocerse interiormente, de buscar interioridad, de vivir mejor en sintonía con las propias emociones y los propios sentimientos, de buscar relaciones afectivas de calidad. Esta justa aspiración puede abrir el deseo de comprometerse en construir relaciones de entrega y reciprocidad creativas, solidarias y que responsabilicen, como las familiares. Si somos capaces de ayudarnos unos a otros, en las necesidades materiales, espirituales y vitales, seremos generadores de esperanza y, así, muchas más personas podrán estar humanamente más abiertas a la amistad con el Padre.

Todo esto debemos poder concretarlo en nuestras comunidades parroquiales. En la medida en la que podamos crear espacios en la parroquia para que los padres puedan compartir y discernir a la luz de la Palabra de Dios las situaciones familiares que van viviendo, esto permitirá un adecuado acompañamiento cristiano de las familias. No sólo podrán comunicar lo que están viviendo y compartirlo con el resto de los miembros del grupo, sino que podrán iluminar estas situaciones a la luz de la Palabra de Dios, que es siempre esperanza para el Hombre. O espacios en los que los niños y jóvenes puedan descubrir en la familia un espacio en el que testimoniar su fe, descubriendo la vocación de ser hijos.

3. La práctica de la caridad cristiana

Nuestra esperanza debe canalizarse a través de la caridad. La caridad cristiana es una respuesta generosa hacia los que más lo necesitan, que tiene su origen en la respuesta generosa del Padre que entrega a su Hijo por todos nosotros. En el otro, en el que sufre, está el centro de atención de la Iglesia.

«Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”» (Mt 25, 35-40).

No podemos quedarnos pasivos ante las situaciones injustas que suceden hoy en día. La caridad cristiana va a las causas de las situaciones que producen sufrimientos en las personas. En todo lo relacionado con el ámbito familiar, es necesario desarrollar una evangelización que denuncie con franqueza los condicionamientos culturales, sociales, políticos y económicos, como el espacio excesivo concedido a la lógica del mercado, que impiden una auténtica vida familiar, determinando discriminaciones, pobreza, exclusiones y violencia. Todas estas situaciones tienen una influencia decisiva en los proyectos a corto, medio y largo plazo de las familias. Como cristianos, debemos ayudar a las familias que sufren, pero de igual modo debemos tener capacidad de reflexión y de comunicación de las razones por las que las familias, en un porcentaje considerable, su contexto no reúne las mínimas condiciones vitales para poder desarrollar un proyecto de vida consistente.

Finalmente, reflexionemos sobre todas estas cuestiones, compartámoslas con el resto de las personas de la parroquia o de tu comunidad o grupo y que puedan servir de estímulo para que seamos verdaderos testigos del Señor en la sociedad actual.

VER: Mirada creyente

1. Presenta algún hecho que conozcas en el que alguna familia ha atravesado por alguna dificultad.
2. Presenta algún aspecto de la sociedad actual (laboral, legal...) que dificulta la vivencia plena de la dimensión familiar.

JUZGAR: Reflexión creyente

1. ¿Qué creo que me pide el Señor respecto a mi propia vivencia de la dimensión familiar? ¿Qué llamadas he descubierto?
2. ¿Qué aspecto de la situación de las familias del contexto en el que vivo me parece que son una dificultad para que puedan vivir la alegría de la vida familiar?

ACTUAR: Compromiso creyente

1. Formula un compromiso que te permite vivir la dimensión familiar con mayor fidelidad a Dios.
2. Formula un compromiso orientado a poder ayudar y estar cercano a las familias de tu entorno que necesitan de la solidaridad de los demás.

